

# Abstencionismo

crisis de partido y  
fragilidad democrática

Mtro. Alfonso Zárate



reflexiones  
de  
política  
democrática

---



reflexiones  
de  
política  
democrática

---

**Abstencionismo: crisis de partido y fragilidad democrática**

Colección Reflexiones de política democrática

Primera Edición, 2006

D.R.© 2006 Instituto Electoral del Estado de México  
Paseo Toluca No. 944 Santa Ana Tlapaltitlán,  
Toluca, México

ISBN 970-9785-39-7 (Colección)  
ISBN 970-9785-40-0

Impreso en México

---

## Abstencionismo: crisis de partido y fragilidad democrática

---

Mtro. Alfonso Zárate

LAS ELECCIONES FEDERALES de 2003 arrojaron un dato perturbador: a la mitad del sexenio del “cambio”, poco más del 58%, de los 64 millones 700 mil convocados a las urnas, decidió faltar a la cita, lo cual se traduce en el rotundo *no* de cerca de 38 millones de ciudadanos... Casi seis abstencionistas por cada cuatro participantes... Pero, además, al 41.68% de los votos registrados deben restarse los sufragios anulados, casi 900 mil, por distintas razones: protesta, torpeza, pereza...

En la jornada electoral de julio pasado, empezamos a conocer el tamaño del desencanto y la fragilísima consistencia de nuestra cultura cívica. Un severo llamado de atención al gobierno federal y a los partidos políticos. Un desafío para las organizaciones de la sociedad que no han podido articular opciones confiables ante el desprestigio de los partidos. Una incógnita, verdaderamente preocupante, sobre el destino y la calidad del proceso de transformación democrática.

El desdén ciudadano adquiere mayor relieve a la luz del gasto excesivo en las elecciones, los cuantiosos recursos destinados para los partidos y las campañas... A lo que debe sumarse el cúmulo de expectativas incumplidas por el gobierno de la alternancia.

A mitad del sexenio foxista, el resultado en las urnas ofrece un mensaje muy claro para las fuerzas políticas: ninguno de los *tres grandes* (PAN, PRI, PRD) ha estado a la altura de las exigencias del cambio político. Sus respectivas crisis internas, más o menos pronunciadas, han puesto en evidencia sus enormes deficiencias: oportunismo y falta de escrúpulos; desorden, ambigüedad o franca ilegalidad interna; mediocridad intelectual, inconsistencia programática y carencia absoluta de visión estratégica.

En este ambiente, el abstencionismo nos ronda como un fantasma que, sin duda, hay que exorcizar.

Hace relativamente poco, en 1988, la exigencia de respeto al voto movilizó a la sociedad. Quince años después, en las intermedias de 2003, parece que llegamos al hartazgo ciudadano. La abstención refleja que los ciudadanos no encuentran motivos para festejar, pero tampoco para protestar, y eso podría leerse, sin catastrofismo, como una serie de amenazas: un anticipo, quizás, de retrocesos.

## **Partidos y abstención**

COMICIOS Y ELECTORES, votos y partidos... No son todo, pero sin ellos las democracias simplemente no funcionarían. Habría

que reconocer, de entrada, que es imposible concebir una sociedad políticamente organizada sin la presencia de organizaciones diferenciadas y mecanismos institucionales para administrar el poder y el conflicto.

Tal vez se trate de un “mal necesario”, pero hasta ahora las sociedades democráticas no han encontrado un instrumento más eficaz en la representación pública de los intereses y grupos sociales que los partidos políticos. No son lo que desearíamos sino lo que hemos logrado construir.

El contexto de esta construcción, siempre inacabada, que es la democracia, reclama que empecemos por el lugar común: tras la caída del muro de Berlín y las ideologías que lo sostenían, las organizaciones partidistas no pudieron ocultar por más tiempo una crisis tan aguda como anunciada. La crisis global de la modernidad hizo estragos en una de sus expresiones más acabadas: las organizaciones políticas como referentes ideológicos, programáticos, de amplios sectores perfectamente identificados.

El fin de los grandes proyectos, la irrupción de la diversidad y sus correlatos de lucha (el micropoder, la política minimalista, los intereses sectoriales y/o particulares), la atomización de los sujetos históricos (clases sociales, se decía antes), se refleja en la escasa representatividad de los partidos: su poca o nula eficacia en el ejercicio del poder público, la multiplicación de escándalos derivados de actos de corrupción y conductas “inmorales”, los efectos de los medios de comunicación en la política...

Todo esto anunciaba una crisis aguda, intensa, honda de los partidos como articuladores/mediadores entre el poder del estado y la sociedad diversa.

Pese a que en las democracias no hay elecciones sin partidos, cada vez resulta más evidente que los electores votan por candidatos antes que por partidos políticos establecidos. Los ejemplos son muchos: el Perú de Fujimori, la Venezuela de Hugo Chávez, el México de Vicente Fox... Incluso en democracias consolidadas han emergido figuras “ajenas al mundo político”, *outsiders* como Silvio Berlusconi en Italia, Ross Perot en Estados Unidos o el ultraderechista Le Pen en Francia...

Estos últimos ejemplos nos advierten de un hecho: que la crisis de los partidos y la escasa participación de la ciudadanía no es un mal del subdesarrollo, de las democracias “vulnerables” o “de bajo perfil”... Hasta hace no mucho tiempo, por ejemplo, el abstencionismo en Suiza rebasaba el 62% y en Estados Unidos superaba el 50% (*El Financiero*, 1999: 16).

Quizás el abstencionismo encuentre diversas explicaciones y, por tanto, no sea atribuible sólo a los partidos. Tal vez... De ahí que algunos autores sugieran otra medición más exacta sobre los partidos, pero con un término más ambiguo: la confianza. De acuerdo con la encuesta de *Latinobarómetro 2003*, las instituciones de gobierno en América Latina son las que tienen un menor índice de confianza: el Congreso y los partidos políticos reciben las más bajas calificaciones. En nuestro caso, la *Encuesta*

*Nacional de Cultura Política 2003* señala que la población calificó con 6.4 a los partidos; dos décimas por debajo de la calificación que otorgó a la policía.

Pero si ya resultaba suficiente lo que los partidos han hecho para minar su propia legitimidad frente a la sociedad, la *mediatización* de la política también cumplió su parte. Para el teórico del *homo videns*, Giovanni Sartori: “La video-política tiende a destruir —unas veces más, otras menos— al partido, o por lo menos al partido organizado de masas que en Europa ha dominado la escena durante casi un siglo. No se trata sólo de que la televisión sea un instrumento *de y para* los candidatos; sino que además el rastreo de votos ya no requiere una red capilar de sedes y activistas. Berlusconi —sigo citando a Sartori— ha conseguido una cuarta parte de los votos italianos sin ningún partido organizado a sus espaldas (pero con las espaldas bien cubiertas por su propio imperio televisivo). El caso del presidente Collor, en Brasil, es parecido: un partiducho improvisado sobre dos pies, pero con un fuerte apoyo televisivo. En Estados Unidos, Ross Perot, en las elecciones presidenciales de 1993, llegó a obtener la quinta parte de los votos haciéndolo todo él solo, con su dinero, simplemente con los *talk-shows* y pagando sus presentaciones televisivas” (1998: 110).

Sea por la corrupción política o por la influencia apabullante de los medios de comunicación, el sistema de partidos atraviesa por una de las mayores crisis de su historia. Crisis que amenaza con extenderse mientras la democracia no encuentre un reemplazo y los partidos sigan siendo necesarios para el funcionamiento de cualquier régimen democrático.

“Atrapado en el ámbito de los medios —apunta el investigador español Manuel Castells—, reducido a un liderazgo personalizado, dependiente de una compleja manipulación tecnológica, empujado a una financiación ilegal, arrastrado por los escándalos políticos, el sistema de partidos ha perdido su atractivo y su fiabilidad y, a todos los fines prácticos, es un resto burocrático, privado en confianza pública” (1999: 381).

Sin legitimidad en lo social, ineficaces en la acción de gobierno, incapaces en lo económico e insuficientes en la representación ciudadana, los partidos políticos *producen* desencanto... Y esto se refleja puntualmente en la baja participación ciudadana.

El fenómeno del abstencionismo, como bien señala el politólogo italiano Giacomo Sani, “...viene a ser uno de los indicadores más simples de la participación política en la democracia” (1981: 9-10).

### **Crisis de los partidos... y de la democracia**

MÁS QUE CAUSA, es probable que la crisis de los partidos políticos sea la expresión de una crisis aún mayor: la crisis del paradigma democrático. Para Castells, “La democracia política, tal y como la concibieron las revoluciones liberales del siglo XVIII y se difundió por el mundo en los siglos XIX y XX, se ha convertido en un cascarón vacío. No es que sea una ‘democracia formal’: la democracia vive de esas mismas ‘formas’, como el sufragio universal secreto y el respeto a las libertades civiles, pero las nuevas condiciones

institucionales, culturales y tecnológicas del ejercicio democrático han vuelto obsoleto el sistema de partidos existentes y el régimen actual de política competitiva” (1999: 387).

Si nuestras sociedades han abandonado a los partidos políticos y se han entregado con frenesí a la televisión, si la militancia en partidos ha sido reemplazada por nuevas formas de socialización y lucha política —muy distantes de las ideas de solidaridad, clase social, defensa de grandes ideales y proyectos—, no es sólo responsabilidad de los partidos.

En este proceso han intervenido, por lo menos, los siguientes factores externos.

1. *Los límites reales de la democracia*: los partidos políticos pagan facturas endosadas por otros; la decepción que padecen los electores cuando su voto no se traduce en acciones de gobierno y redundan en bienestar. Ello desemboca en un voto de castigo —para los próximos comicios—, pero no hacia el candidato que incumplió el mandato, sino para el partido que lo postuló. Aunque la responsabilidad de proponer candidatos pase por los partidos, el éxito o el fracaso de su gestión no es atribuible por completo a éstos. Después de todo, “en ningún sistema democrático —nos recuerda Adam Przeworski— se les obliga legalmente a los políticos a ejecutar su plataforma. Ningún sistema democrático existente sujeta a sus representantes con instrucciones obligatorias”. Todavía más “...una vez que los ciudadanos eligen a sus representantes no cuentan con

dispositivos institucionales para obligarlos a apearse a sus promesas. Los electores pueden sancionar las desviaciones de los mandatos sólo después de sentir los efectos" (1999: 237). Y la sanción, en la mayoría de los casos, se dirige a los partidos.

2. *El naufragio de las ideologías*: tras el fracaso del socialismo "real" (burocracia totalitaria), la izquierda se quedó sin referentes y la derecha sin su gran enemigo. La geometría política se transformó y lo mismo la izquierda que la derecha se corrieron hacia el centro: olvidaron las definiciones ideológicas y los principios; se preocuparon por conseguir votos a partir de ofertas electorales concretas y programas más o menos pragmáticos. El realismo político se volvió condición y estrategia para la política de fin de siglo, "no se trata de lo que es ni de lo que debiera ser, sino de qué es posible", sintetiza el investigador Norbert Lechner (1990: 61).
3. *La massmediatización de la política*: con la pantalla y los micrófonos, la política se volvió parte de la cartelera de la televisión. La *polis*, la ciudad toda, "cabe" en una pantalla que hace las funciones de oráculo para las sociedades posmodernas. Lo que no "cabe" en la televisión son los partidos con sus plataformas y sus principios. Ante las cámaras, dice Sartori, "lo más importante son los 'rostros' (si son telegénicos o no, si llenan la pantalla o no)... en la pantalla vemos personas y no programas de partido; y personas constreñidas a hablar. En definitiva, la televisión nos propone personas

en lugar de discursos" (1998: 108). La política, entonces, se convirtió en *marketing* y las elecciones en una mixtura abigarrada de imágenes, *spots*, encuestas, *rating*.

4. *La antipolítica*: frente al fracaso ostensible de los políticos profesionales (no sólo ineficaces sino corruptos) y de las organizaciones intermedias entre la sociedad civil y el estado (cada vez menos representativas de los intereses colectivos y con menor capacidad para incidir en la toma de decisiones: partidos, sindicatos, cooperativas, corporaciones de cualquier signo), irrumpe una sensación de *desencanto* frente a lo *político* y de rechazo a la *política institucional*. Surge y se justifica así una actitud *antipolítica* de la sociedad.

Con todo, no se renuncia a la acción política, aunque la agenda que se propone es diferente por completo: ecología, problemas relacionados con el género, los límites entre lo público y lo privado... Se renuncia a los medios y espacios tradicionales de este accionar: "...el campo de acción de los nuevos movimientos", señala el profesor Claus Offe, "es un espacio de *política no institucional*, cuya existencia no está prevista en las doctrinas ni en la práctica de la democracia liberal y del Estado de Bienestar... Se reivindica la esfera de 'acción política en el interior de la sociedad civil' como su espacio propio desde el cual cuestionar las prácticas e instituciones tanto privadas como políticas institucionales" (1996: 174-181).

5. *La fragmentación de las identidades colectivas*: se trata de la crisis de las categorías sociales que le dieron forma a los dos últimos siglos: estado, clase, sindicato, conciencia, partido... Formas de organización política y cultural que generaron identidades sólidas, que agruparon a millones de personas alrededor de un gran proyecto (progreso, revolución, socialismo, utopía), pero que desde hace años han sido abandonadas, debido, en gran medida, a la reivindicación de la individualidad, de la subjetividad. En palabras del teórico chileno Martín Hopenhayn: “Casi sin darnos cuenta, sustituimos el programa único por una colección de ‘softwares’ que nos ponemos y nos sacamos según la ocasión: el *software* del crecimiento personal, del pragmatismo político, de la promoción personal, del reconocimiento social, de las transgresiones morales. A falta de coherencia, reemplazamos el énfasis en lo sustantivo por la complacencia en el estilo. Partes de nosotros se adhieren a partes de proyectos colectivos, de pequeña escala o de pequeño calibre. La palabra ‘individualista’ nos resulta ahora más musical que la palabra ‘colectivista’, y ya no tan pecaminosa” (1994: 18).
6. *El minimalismo político*: si las identidades se fragmentaron, en sus luchas ocurre lo mismo. En términos generales, las nuevas demandas sociales han reducido su horizonte, intensidad y vigor, como los sujetos sociales que las enarbolan. Las reivindicaciones y reclamos se han achicado, se han vuelto no sólo más locales, sino más inmediatos, pragmáticos y específicos.

Sorprendidos por tales novedades y con la imaginación enmohecida, los partidos políticos colaboraron a construir su propia ruina:

- a) *Aumento de la corrupción (o de su percepción entre la sociedad)*: lo mismo el desvío de fondos públicos con fines partidistas de Helmut Kohl en Alemania, que los excesos del Presidente Ménem en Argentina; el “hermano incómodo” del Presidente Carlos Salinas en México o, lo que tenemos enfrente, la crisis de la corrupción *videgrabada*. En los últimos años se han multiplicado los escándalos políticos relacionados, fundamentalmente, con actos de corrupción o con la vida privada de los funcionarios públicos.

Todo esto agravado, porque el escándalo —filtrado por los medios de comunicación— se ha convertido en una poderosa arma de la competencia político-electoral y un valor agregado para las empresas informativas. Como afirma Castells, “...los periodistas políticos cumplen su labor como informadores de investigación, buscando material para incrementar su público y sus ventas; los mercenarios y chantajistas rastrean información que pueda utilizarse en un posible soborno o para vender a las partes interesadas. De hecho, la mayoría del material perjudicial publicado por los medios es filtrado por los propios actores políticos o por intereses comerciales asociados” (1998: 371).

- b) *Poca o nula representatividad*: nacidos a la sazón de los grandes proyectos nacionales o utopías

internacionalistas, los partidos políticos de masas fueron diseñados para representar a grandes sectores sociales: obreros, campesinos, grandes propietarios y clases medias, franjas de la burocracia, militantes... En algunos casos, "toda la sociedad" tuvo un lugar dentro del Gran Partido (el PRI, ejemplo de aglutinación multclasista)..., pero el mundo cambió y los procesos de transformación ya señalados multiplicaron la complejidad de las sociedades... Surgen, entonces, nuevos actores que reclaman espacios en la vida pública: jóvenes y mujeres con demandas propias, ecologistas y promotores de alternativas socioculturales, comunitarias, productivas, que no encuentran un canal adecuado de participación en los partidos tradicionales.

- c) *Poca o nula eficacia en la defensa de los intereses de la mayoría*: quizás los partidos pueden vivir sin los millones de militantes que antes aglutinaban, pero no pueden prescindir de votos. Sin electores, los partidos políticos desaparecen. En la democracia actual, cada voto cuesta, y cuesta cada vez más. Por eso, los partidos se preocupan por obtener recursos para financiar grandes y costosas campañas electorales. A cambio de recursos, los partidos comprometen acciones de gobierno, y quienes financian las campañas casi siempre son reducidos grupos de alta capacidad económica, pero con intereses que muy pocas veces coinciden con los de la mayoría.
- d) *Desconfianza y descrédito*: decepcionados y escépticos los electores no sólo cambian su preferencia electoral

en cada elección: con cada nueva decepción aumenta su desconfianza y desinterés por la política —en sentido lato—, sus organizaciones y sus representantes. El fracaso de un candidato o el incumplimiento de un mandato por parte de un funcionario se traduce en una “evidencia más” de la ineficacia de *todo* el sistema político; desconfianza hacia cualquier político “profesional” y hacia toda la “política institucional.”

## Las consecuencias

Todo lo anterior dibuja un panorama complejo para la vida institucional en las democracias del siglo XXI. Desafíos inéditos, de diferente signo y vocación, que implican riesgos y posibilidades...

Entre los cambios más visibles del nuevo *look* político se pueden contar, al menos, los siguientes:

1. *Irrupción del outsider político*: la *antipolítica* tiene a sus propios candidatos, aquellos que parecen “menos” políticos son quienes tienen mayores posibilidades de triunfo, “Hoy —apunta el investigador uruguayo Juan Rial— es una desventaja haber tenido una carrera política previa si se pretende aspirar a un cargo electivo alto. Se reclama ‘pureza’, dando un nuevo sentido a la actividad política a la que se demanda que se ajuste a normas de ética muy fuertes” (Rial, 2000: 46).
2. *Caudillos y neopopulistas electrónicos*: cuando fracasan los políticos —hombres iguales a cualquiera—, aparecen

los salvadores de la patria, los redentores de la República, los mesías que refundarán el espíritu y la nación... Personajes carismáticos envueltos —en la mayoría de los casos— en una impresionante campaña de medios y sin más argumentos o razones que la buena voluntad; comprometidos en resolver, de una vez y para siempre, los grandes problemas nacionales.

3. *Surgimiento de los partidos “livianos” o “taxi”*: puesto que los caudillos son quienes resolverán, una vez en el poder, los problemas de la nación, ¿para qué mantener a los partidos políticos en tiempos no electorales? Siguiendo a Sartori: “El llamado ‘partido de peso’ ya no es indispensable, el ‘partido ligero’ es suficiente.” En México tendríamos que hablar de seudo partidos de temporal (ni siquiera pasan la prueba de la primera elección), burdos negocios familiares o alianzas efímeras, quebradizas, como soporte de los llamados “candidatos ciudadanos”. Así fue la *Alianza por el Cambio*... Así quiere ser el *Despertar Ciudadano* de algún ex funcionario foxista en campaña “solitaria” contra los partidos...
4. *Aparición de nuevos movimientos y organizaciones sociales*: sin mayor definición ideológica que su propia lucha, escépticas frente a los grandes proyectos, las organizaciones surgidas *de y en nombre de* la “sociedad civil” pretenden reemplazar a los partidos en la representación y participación de la ciudadanía en los asuntos de la *polis*. No lo han conseguido, salvo en zonas muy específicas de la vida social:

derechos humanos, temas ecológicos, asuntos de género, problemática de diversidad sexual, entre los principales... Sin embargo, los partidos políticos —con todas sus limitaciones y crisis— siguen siendo los vehículos centrales de representación y ejercicio de gobierno... En México, incluso, ejercen un auténtico monopolio de la representación, dado que no existe la figura de candidaturas “ciudadanas” y hasta la misma participación de las “agrupaciones políticas” pasa por la obligada coalición electoral con alguno de los partidos registrados...

### **Elecciones y cambio político en México**

EN UN ENTORNO hostil para la participación política como el que hemos delineado, en México los ciudadanos hemos pasado de la exigencia de respeto al voto al hartazgo y a la apatía ciudadanas... En apenas 20 años... Algo así como una generación...

Debemos recordar que durante el largo reinado priista las elecciones, aunque celebradas con puntualidad, fueron durante décadas pura forma y nada de contenido. La descripción y el análisis de los datos políticos significativos no tenían relación con lo electoral. Las explicaciones no estaban ahí. Las reflexiones en torno al sistema político mexicano se centraban, básicamente, en las dos instituciones clave: la presidencia y el partido como aparato electoral sometido al gobernante en turno.

Y es que no había demasiada materia de estudio. El PRI ostentó por más de cinco décadas mayorías del 87% en promedio para los candidatos presidenciales y del 80% para los integrantes de la Cámara de Diputados (Casar, 1998: 42).

Hasta que en los años ochenta se profundizó la crisis del modelo de economía mixta (protegida y abocada al mercado interno), se aceleró la crisis del sistema político que venía de tiempo atrás (por lo menos del 68 año axial, parteaguas histórico).

Uno de los resultados de la combinación de crisis económica y política fue el estallido de la llamada *insurgencia electoral*. El historiador Lorenzo Meyer recuerda que “el voto como arma de protesta se había usado por última vez en 1952 (durante el movimiento henriquista) y sin mayores resultados. Tres decenios más tarde, en 1983, el PAN logró espectaculares victorias en Chihuahua y tres años después, el gobierno y su partido se vieron obligados a recurrir de nuevo al fraude para recuperar la plaza, pero la ‘normalidad autoritaria’ ya no regresaría” (Meyer, 2000: XV).

Para las elecciones de 1988, se extendió la insurrección electoral a todo el país. La existencia de una oposición significativa, aunada a un retorno internacional favorable a las formas democráticas, empezó a dar sentido al análisis del fenómeno electoral.

Pronto, la crisis de legitimidad sacudiría al régimen. El levantamiento indígena de 1994 y el posterior asesinato del candidato presidencial del PRI forzaron definitivamente a dar contenido y significado a la elección y sus resultados. Cuando las viejas reglas del sistema resultaban claramente insuficientes para ordenar el juego político, las elecciones se convertían en el asidero de la transición democrática.

El paso decisivo estuvo centrado en las instituciones electorales. Con la reforma de 1994, el Instituto Federal Electoral (IFE) se *ciudadanizó*. Más tarde, se sumaría el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación (TEPJF), autoridad última en los inevitables conflictos electorales.

Cuesta arriba recorrimos un largo cambio político, un camino sinuoso y agreste desde el autoritarismo a la democracia. Lento y complejo, pero, sin duda, consistente, el proceso reformista ha podido perfilar un *nuevo* sistema político (ver Becerra, 2000: s/p).

En otras palabras, a fuerza de votos se ha construido el edificio democrático en México. Este cambio se vio reflejado en la distribución de puestos de elección popular, coto privado del partido hegemónico desde 1929.

Hoy los procesos electorales reflejan la distribución real del poder político, con votos que cuentan y se cuentan... Visto de esta manera, el análisis de los datos electorales adquiere especial relevancia —señalan las coordenadas del cambio político en el país—.

## 2003: Crisis de representatividad

QUIEN NO EJERCE el poder no lo tiene, dice Maquiavelo. En la democracia representativa, el poder de los ciudadanos básicamente reside en el voto. Así, en 2003 menos de la mitad de los ciudadanos fueron los que contaron a la hora de delegar funciones de gobierno. Esto está relacionado, pese a la novedad de la alternancia, con una crisis de credibilidad en “la política” que ya hemos descrito.

Después de la jornada electoral de julio pasado, se puede decir que la Cámara de Diputados responde, si acaso, al sentir del 40% del universo de electores potenciales. Peor todavía si desagregamos los siguientes datos: el Revolucionario Institucional conquista la mayoría con el 15% de los sufragios potenciales, mientras que Acción Nacional seguirá “gobernando” con apenas el 14% y el de la Revolución Democrática se dice preparado para competir por la presidencia con sólo el 8% de los sufragios... (ver Méndez, 2003: 1).<sup>1</sup>

No es una reducción al absurdo. Es, simplemente, un abordaje distinto de la estadística. Una lectura que, efectivamente, modifica la visión. Así lo explica el investigador Octavio Rodríguez Araujo: “El problema con la ley electoral es que el cómputo de los partidos se hace en función de la votación total y no del listado nominal. No es

---

<sup>1</sup> Cabe advertir que la suma de estos porcentajes cuadra con el 42% de participación; sin embargo, no se toman en cuenta en esta última cifra los votos nulos, por candidatos no registrados y destinados a partidos que no alcanzaron el 2%.

lo mismo que el PAN haya obtenido el 30.64 por ciento de la votación (en relación con el total de votos emitidos) que el 12.12 por ciento (en relación con el listado nominal). Lo mismo se puede decir de los demás partidos, con la diferencia de que los porcentajes son todavía menores: 9.12 por ciento para el PRI y 6.98 por ciento para el PRD” (2003: 20).<sup>2</sup>

¿Cuestión de enfoques? En todo caso, de parámetros y puntos de referencia. Pero lo cierto es que refleja, con más claridad, la dimensión de una crisis de representatividad que podría conducir, derivar, estallar en un vacío de legitimidad de las instituciones y mecanismos democráticos.

Los profesionales de la política harían bien en moderar su júbilo o su cinismo resignado. Los “gloriosos” triunfos de los partidos, sus “conmovedores” repuntes y sus “honorables” estancamientos resultan francamente risibles ante la frialdad imperturbable —por impotencia, hartazgo o abandono— de la inmensa mayoría ciudadana... Asumir la debilidad orgánica del sistema de partidos y la extraordinaria mediocridad de la clase política, lo mismo en el poder que en la oposición, porque, debe insistirse, la responsabilidad compromete el conjunto de los actores políticos. Ese es otro dato significativo: la indiferencia ciudadana no discriminó

---

<sup>2</sup> Sobra decir que el autor no agrega al porcentaje tricolor lo obtenido por la alianza PRI-PVEM.

emblemas, liderazgos carismáticos o aspiraciones futuristas, barrió con todos y en todas direcciones.

La responsabilidad atraviesa regiones, banderas e ideologías; índices de atraso y modernidad; cercanías o diferencias respecto al centro (geográfico, político, administrativo). Es necesario insistir en ello para realizar un minucioso recuento de los daños. Sólo así los porcentajes *engañosos* y su traducción en espacios legislativos podrán verse en perspectiva, con toda su relatividad y peso específico: el nivel de votos alcanzado por los principales partidos *no representa la fuerza del país, sino la debilidad de un sistema político* ajeno y distante de las energías sociales, culturales y productivas.

Como sea, el futuro de los partidos no depende sólo de los resultados electorales, sino de su capacidad para transformarse, para reconstruir su tejido interno y recuperar la capacidad de convocatoria, cohesión y representación entre la sociedad.

Sin dilación alguna, los partidos están obligados a presentar una oferta política tan diversa como la sociedad misma; un proyecto tan amplio en el que quepan las mayorías sin disolver a las minorías... Deben recuperar competitividad no sólo electoral, sino en una tarea fundamental que han estado perdiendo frente a las ONG's: dar voz a quienes no la tienen, ser puentes —de comunicación y gestión— entre los ciudadanos y el estado; conservar su función básica como organizaciones *intermedias de la sociedad* y, sobre todo, aumentar su grado de eficiencia: hacer que los votos

obtenidos se transformen en acciones de gobierno. Después de todo, y como apunta Juan Linz en *The Breakdown of democratic regimes*, la democracia depende de una fórmula muy sencilla: "... la efectividad y eficacia con respecto a las demandas sociales".

## Conclusiones

La consolidación democrática en nuestro país enfrenta el reto de reducir el abstencionismo. Cualesquiera que sean las hipótesis para explicar el fenómeno, veo que hay dos grandes aspectos sobre los que se puede y se debe trabajar desde ya.

El primero es la necesidad de extender la educación cívica permanente de la ciudadanía, para lo que es necesaria la concurrencia del IFE, los partidos, el sistema educativo nacional y las grandes empresas de comunicación.

El segundo es la exigencia de elevar la calidad del debate político. Hoy, más que nunca, resulta necesario dar paso a una contienda de ideas, más centrada en propuestas viables y críticas bien fundadas e informadas.

Sin duda, estas tareas son difíciles, pero impostergables... 2004 se caracteriza por la abundancia de procesos electorales estatales. En diez entidades se elegirá gobernador y en cuatro más alcaldes y diputados locales... La gran pregunta es si la importancia que adquieren los procesos de este año para los partidos se verá reflejada en el ánimo de los ciudadanos...

Rumbo al 2006, después de tres elecciones federales organizadas al amparo de la misma legislación de 1996, la práctica ha mostrado que los objetivos se cumplieron y que los comicios mexicanos están acreditados nacional e internacionalmente. Sin embargo, siete años de aplicación de la ley han permitido identificar limitaciones e insuficiencias... Una reforma a fondo, de segunda generación, parece impostergable. Entre los puntos que deberá incluir, destacamos los siguientes:

1. *La creación de una ley federal de los partidos políticos que contemple:* a) el equivalente a una “ley de quiebras” para aquellos partidos que pierden el registro y que con frecuencia no devuelven los bienes muebles e inmuebles (casas, autos, equipo de cómputo, etcétera) que adquirieron con recursos públicos; b) mayores atribuciones a las autoridades electorales para posibilitar una fiscalización más expedita sobre los recursos públicos y privados (su procedencia y destino final) que manejan los partidos, incluso desde las llamadas “precampañas”.
2. *Reducir el costo de nuestra democracia sin disminuir su eficacia:* se trata de pensar seriamente, entre otras cosas, en la posibilidad de prohibir —como sucede desde hace años en el Reino Unido— o restringir la publicidad partidista particularmente en la televisión —actual destino final del 80% de los recursos de los partidos políticos—. Sólo con esto, disminuiría sustancialmente el presupuesto destinado a los partidos y se fomentarían otros hábitos de información y debate de la sociedad.

3. *Elevar la calidad democrática de la ciudadanía*: ya se sabe que no es por decreto ni tarea exclusiva del gobierno y los partidos. Una democracia no puede sostenerse, solamente, por el entramado jurídico-institucional; necesita una cultura democrática para vivir y reproducirse. Al final, la calidad de la democracia pasa por la calidad de nuestros partidos y del sistema de reglas que codifiquen la competencia política, y éste depende, a su vez, de la calidad de los ciudadanos: un círculo virtuoso que no hemos conseguido cerrar.

Hace más de siglo y medio que Tocqueville consideraba a los partidos políticos como “un mal inherente a los gobiernos libres” (1971: 94). Hoy, no obstante, los partidos siguen desempeñando funciones esenciales para cualquier régimen democrático.

Sin partidos políticos la democracia sería un caos. “Si los ciudadanos —apunta Duverger— intervinieran en forma directa emitiendo, cada uno, su opinión, la acción política se transformaría en una actividad caótica. Los partidos, recogiendo las opiniones individuales, las resume en grandes síntesis generalizadoras. Esta labor es indispensable para poder desplegar una actividad política organizada” (2000: 13).

En su condición actual, frágil favor le hacen los partidos políticos a la sociedad y a la democracia en su conjunto. Sin embargo, antes que su eventual desaparición urge su transformación radical, sobre todo a la luz de la irrupción, cada vez más frecuente, de falsos redentores de la patria,

mesías de pacotilla y poderes *massmediáticos* que ocupan el lugar —físico y simbólico— que los partidos han dejado en estos largos años de crisis.

Debemos recordar que un simple acto ciudadano —el *sufragio efectivo*— modificó la naturaleza del régimen. El dos de julio de 2000 fue un *corte de caja* en el proceso de transición democrática: la alternancia como señal de triunfo cívico.

En aquella ocasión, el electorado perdió el miedo; se atrevió; votó por el cambio. Ahora, para hacer posibles los "cambios" —de manera tangible, sustancial, palpable, que se expresen en su salario, en su seguridad, en las calles y en las escuelas, en la calidad de vida, etcétera—, se necesita una mayor participación política, un compromiso que no termina —sino al contrario— en el acto fundacional de ejercer el derecho al sufragio.

## Bibliografía

Becerra, Ricardo, Pedro Salazar y José Woldenberg (2000). *La mecánica del cambio político en México. Elecciones, partidos y reformas*, Cal y Arena, México.

Casar, María Amparo y Ricardo Raphael de la Madrid (1998). "Las elecciones de 1998: la distribución del poder en México", en *Nexos*, Núm. 247, julio.

Castells, Manuel (1999). *La era de la información, economía, sociedad y cultura: El poder de la identidad*, Vol. 2, Siglo XXI, México.

Claus Offe (1996). *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Sistema, Madrid.

Duverger (2000). "Los partidos políticos en la lucha por la confianza", en Gutemberg Martínez, *Contribuciones*, enero-marzo.

*El Financiero* (1999). "Crisis de las ideologías y abstencionismo", en *El Financiero*, enero.

Hopenhayn, Martín (1994). *Ni apocalípticos ni integrados, Aventuras de la modernidad en América Latina*, FCE, Santiago.

Lechner, Norbert (1990). *Los patios interiores de la democracia, subjetividad y política*, FCE, Santiago.

Méndez, Patricia y Rodrigo León (2003). "Obtiene el PRI mayoría con 15% de electores", en *Reforma*, 10 de julio.

Meyer, Lorenzo (2000). "Prólogo", en Ignacio Gómez Palacio, *Procesos electorales*, Oxford, México.

Przeworski, Adam (1999). "Democracia y representación", en *Metapolítica*, Núm. 10, abril-junio.

Rial, Juan (2000). "La representación política en cuestión", en *Contribuciones*, enero-marzo.

Rodríguez Araujo, Octavio (2003). "Una reflexión para los partidos", en *La Jornada*, 10 de julio.

Sani, Giacomo (1981). "Abstencionismo", en N. Bobbio, N. Matteucci y Pasquino, *Diccionario de política*, t. 1, Siglo XXI, México.

Sartori, Giovanni (1998). *Homo videns, la sociedad teledirigida*, Taurus, México.

Tocqueville, Alexis de (1971). *La democracia en América*, Aguilar, Madrid.

---

## Mtro. Alfonso Zárate

---

Es Licenciado en Derecho por la Facultad de Derecho de la UNAM y Maestro en Sociología Política por *The London School of Economics and Political Science* de la Universidad de Londres. Es fundador y director general de Grupo Consultor Interdisciplinario, S. C. (GCI).

En el sector público ha ocupado, entre otros, los siguientes puestos: director general de Información y Análisis en la Oficina de Coordinación de la Presidencia de la República, asesor del secretario de Relaciones Exteriores, asesor del subsecretario de Gobernación y director de Información para la Evaluación en el Sistema Nacional de Evaluación de la Presidencia de la República.

En el ámbito académico ha sido director de Estudios Políticos del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE) y profesor en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), en el Instituto Matías Romero de Estudios Diplomáticos (IMRED) y en la Universidad Iberoamericana (UIA), en la cual es miembro del Consejo Técnico de la Licenciatura en Ciencias Políticas.

Fue analista político del noticiario *Punto por Punto* de Televisa (1994-1997), desde 1996 participa en la Mesa Política de Monitor, es articulista de la revista *Expansión* y ha colaborado en distintos medios, entre otros, Milenio Semanal, el suplemento político Bucareli 8 del periódico *El Universal*, el periódico español ABC y la revista europea *Política Exterior*. Su columna “Los usos del poder” ocupa los domingos una plana completa en *Diario Monitor*.

Desde 1991 dirige la *Carta de Política Mexicana* y a partir de 1999 *Lectura política*, dos de los documentos más prestigiados de análisis de la coyuntura.

Es consultor y corresponsal de organismos nacionales e internacionales. Sus análisis y estudios son recogidos regularmente en algunos de los más prestigiados medios de México y el extranjero, entre otros *El Universal*, *Proceso*, *The New York Times*, *Financial Times*, *The Guardian* y *Los Angeles Times*.

Es autor y coautor de numerosos ensayos, artículos y libros. En 1995 Hoja Casa Editorial publicó su obra *Los usos del poder*. En 1997 apareció un nuevo título en colaboración con Cosme Ornelas, editado por Grijalbo y Raya en el Agua: *Fin de siglo, fin de ciclo*.

En 2003 aparecieron dos nuevos títulos: *Democracia y Conflicto*, que editó el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación y *Análisis Político de la Coyuntura, una*

*aproximación*, editado por GCI. El año 2004 editorial Océano publicó su obra más reciente en coautoría con Cosme Ornelas y Roberto Hernández, *Fox: los días perdidos*.





reflexiones  
de  
política  
democrática

---

Centro de Información Electoral  
Departamento de Promoción Editorial

**Coordinadora del CIE**

Diana Cecilia Torija Hernández

**Área de Diseño Gráfico y Editorial**

Jorge Armando Becerril Sánchez  
Mirna Espinosa de los Monteros Romero  
Emmanuelle Ramos Jiménez

**Área Editorial**

Ana Lley Reyés Pérez  
Tania López Reyes  
Gabriela Mañón Romero  
Martha Elena Díaz Hernández

**Abstencionismo: crisis de partido y fragilidad democrática.** Se terminó de imprimir en el mes de marzo de 2006.

La edición estuvo a cargo del Departamento de Promoción Editorial del Centro de Información Electoral del Instituto Electoral del Estado de México. Esta edición consta de 2,000 ejemplares.